

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XV

NAPOLEÓN ENTRONIZA A MAXIMILIANO
EN MÉXICO

En esa etapa se desarrollaba con mucha rapidez la gran conspiración urdida por el cerebro criminal de Napoleón III. El adusto joven general oaxaqueño que había escapado de Puebla quedó en el olvido en medio del esplendor de la marcha francesa hacia la capital mexicana. El 7 de junio, el general Bazaine, veterano de las Guerras Carlistas y de Crimea, y uno de los vencedores de Solferino —quien después, con 173 000 hombres, fue derrotado en Gravelotte y sometido en Metz por los prusianos— llegó a la ciudad de México con la vanguardia de las fuerzas francesas. Dos días más tarde el general Forey hizo su entrada formal con el resto de sus tropas y los traidores mexicanos armados. Junto a Forey estaban M. de Saligny, el intrigante ministro francés, y el incalificable homicida, Márquez.

No resultó extraño que los individuos armados de Napoleón sonrieran e hicieran reverencias a la muchedumbre que los vitoreaba al llegar a la capital. El noble Juárez era un fugitivo y el presidente Lincoln, amigo de la república mexicana, caminaba triste de arriba para abajo

por la Casa Blanca, aguardando las noticias de Grant en Vicksburg y rezando para obtener la victoria, la cual se produjo tres semanas después en Gettysburg.

Pero fue un error olvidar a Díaz, el joven general republicano, que aún no cumplía 33 años y se preparaba para hacer una marcha memorable hacia su estado natal, donde los indígenas patriotas se reunieron a instancias de él para oponer resistencia a los veteranos franceses de Magenta y Solferino, al mando de los generales escogidos de Napoleón.

Inmediatamente después de su arribo a la ciudad de México, Forey le habló a la nación mexicana en nombre de su jefe imperial. Mientras tanto, obligó a los habitantes de la capital a apoyar a sus oficiales, hizo que Napoleón nombrara a Márquez oficial de la Legión de Honor, y se entregó a una orgía de extravagancia personal que ascendió a casi \$50 000 en unas cuantas semanas, gastando \$15 000 en espejos y más de \$4 000 en flores.

El programa nacional anunciado por Forey sorprendió a la Iglesia. Disponía que las posesiones del clero nacionalizadas por Juárez, y ya vendidas, permanecerían en manos de los propietarios de facto, y que era conveniente que hubiera libertad general de cultos en México. En otras palabras, el general de Napoleón trató de suavizar la actitud de los republicanos hacia la invasión de su país al confirmar los puntos básicos de las implacables y radicales Leyes de Reforma, contra las cuales la Iglesia y sus aliados habían luchado en el campo de batalla durante tres años.

Hubo 35 personas designadas, con autoridad para elegir un gobierno provisional de tres regentes para ejercer los poderes de administración nacional, y 215 notables de la capital, quienes deberían seleccionar un consejo para acordar en definitiva una forma permanente de gobierno para todo el país. El triunvirato de gobierno lo componían Juan N. Almonte, don Pelagio Antonio Labastida, arzobispo de México, y el general Mariano Salas, con el obispo Ormachera y don Ignacio Pavón como suplentes.

Los bienes de todos los mexicanos que se opusieron a la intervención armada de Napoleón fueron confiscados. Se establecieron tribunales militares en todas partes, con autoridad para juzgar todos los asuntos sin recurso de apelación y ejecutar las sentencias en un plazo de 24 horas.

Uno de los tres regentes, Labastida, quien fue designado arzobispo de México inmediatamente después de que el presidente Juárez lo desterrara por traidor, montó en cólera porque los franceses insistieron en legalizar la confiscación de los bienes de la Iglesia ordenada antes por el gobierno de Juárez. El arzobispo renunció a la regencia y en secreto acusó a los franceses con un lenguaje crudo. A uno de los generales de Forey lo obligaron a amenazar a Labastida para que guardara silencio. La absurda Junta de Notables, nombrada por Forey para elegir una forma de gobierno para México, se reunió en la capital el día 7 de julio y tres días después, en medio del ejército de Napoleón, dio a conocer la base de sus deliberaciones:

Primero: la nación mexicana adopta una monarquía moderada y hereditaria como forma de gobierno, con un príncipe católico.

Segundo: el título del soberano será Emperador de México.

Tercero: la corona imperial de México se le ofrece a Su Alteza Imperial y Real, el Príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para él y para sus descendientes.

Cuarto: en caso de que, dadas las circunstancias imprevisibles, el Archiduque Fernando Maximiliano no tomara posesión del trono que se le ofrece, la nación mexicana se encomienda a la benevolencia de Su Majestad Napoleón III, emperador de los franceses, a fin de que le señale a otro príncipe católico.

Este descarado plan, ideado por Napoleón para extinguir la república por siempre, y proclamado como la voluntad del pueblo mexicano por un ejército extranjero cuyo acero aún estaba húmedo con la mejor sangre del país, había sido preparado con todo esmero por el amo de las Tullerías.

Se recordará que Gutiérrez de Estrada, el mexicano que se propuso en 1840 establecer la monarquía en México a través de la intervención europea, contrajo matrimonio con un miembro de la familia del príncipe Metternich y pudo entrar en contacto con miembros de la familia imperial austriaca. A la larga, esto trajo una visita navideña al hermoso

castillo de Miramar a las orillas del mar Adriático, donde el elocuente mexicano fue huésped del archiduque Maximiliano.

En un principio los conspiradores mexicanos que vivían en Europa pensaron que el Duc de Morny sería el príncipe adecuado para México. Era el hermanastro bastardo de Napoleón, de quien ahora parecía depender la propuesta invasión a México. Por algún motivo la idea le desagradaba al emperador, quien se opuso enérgicamente. La visita de Gutiérrez de Estrada a Miramar, donde asistió a misa con Maximiliano, lo convenció de que el archiduque sería un candidato al trono mexicano aceptable para Napoleón, quien, habiendo ayudado a Víctor Emmanuel a expulsar a Austria de Italia, en apariencia podría mostrar amistad al emperador de Austria al colocar la corona mexicana en la cabeza de su hermano menor.

Gutiérrez de Estrada fue quien sugirió el nombre del archiduque austriaco a Napoleón y quien persuadió a sus compañeros de conspiración para obtener el respaldo entusiasta del papa. Maximiliano apenas contaba con 31 años de edad. Era un hombre alto, delgado y extraordinariamente guapo, con barba rubia, ojos de color azul claro y labios rojos. Cuando era un mozalbete, fue comandante de la marina austriaca; a los 25 años se casó con la hija del rey de Bélgica, la princesa María Carlota Amalia, de 17 años; después había gobernado el territorio italiano de Austria, viviendo con gran extravagancia. Más tarde se retiró al suntuoso castillo de Miramar, donde él y su bella y joven esposa pasaban el tiempo soñando entre flores y libros.

Este heredero al trono de los césares poseía un carácter suave y vacilante, era un poquitín orgulloso y testarudo, pero poético, romántico y gustaba de la tranquilidad y el lujo. Resultaba difícil pensar en un inocentón más adecuado para Napoleón. El emperador francés, que sólo buscaba un campo para su propio poder y gloria, deseaba un instrumento coronado a quien pudiera usar o desechar a voluntad, una mera herramienta que sirviera para su objetivo de abrir una carrera de conquista en América. Como hijo ferviente de la Iglesia, un serio creyente en el derecho divino de los reyes, y un archiduque de la Casa de Habsburgo, el débil, apuesto y sibarita joven Maximiliano atraería

el apoyo entusiasta del emperador de Austria y del papa; su encanto personal y la distinción y antigüedad de su estirpe conquistarían a los mexicanos y halagarían el orgullo de éstos.

Mucho antes de las solemnes payasadas de la Junta de Notables de Forey en México, Napoleón había ofrecido en secreto la corona mexicana a Maximiliano, con el ansioso consentimiento de Pío IX, quien veía en el imperio propuesto el inmediato restablecimiento de la riqueza y poder de la Iglesia mexicana.

No obstante lo atractivo del ofrecimiento de Napoleón, Maximiliano titubeó. Su joven esposa, Carlota, loca de ambición y deslumbrada por la perspectiva de una corona imperial en un territorio de fabulosas riquezas y belleza, le insistió en que aceptara. Su estado de ánimo puede juzgarse por lo anotado en su diario secreto, publicado después de su lamentable deceso, por orden de su hermano, el emperador Francisco José:

¿Debo apartarme para siempre de mi bello país? [...] Me hablas de un cetro, un palacio y poder. Me planteas un futuro ilimitado. ¿Debo acompañarte a playas lejanas allende el gran océano? De seas que el tejido de mi vida se adorne con oro y diamantes. ¿Pero, tienes poder para darme paz? ¿En tu opinión la riqueza da la felicidad? Ah, mejor déjame continuar con mi vida tranquila, oculto junto al mirto que da sombra. El estudio de la ciencia y las musas me agrada más que el resplandor del oro y los diamantes.

El fusilamiento de Maximiliano ejecutado por una fila de soldados mexicanos le han dado un patetismo inmerecido a estas palabras. Sin embargo, deben tomarse como las reflexiones literarias de un egoísta juvenil inmerso en la superficial contemplación de su propio temperamento veleidoso, porque cuando las escribió ya había aceptado los términos de Napoleón, y muchos meses atrás, antes de que los invasores franceses hubieran hecho un disparo contra la república mexicana, había enviado al conspirador Almonte a México como representante imperial, con poder para designar oficiales en el ejército mexicano y otorgar títulos a sus súbditos mexicanos.

La salida de una delegación mexicana para ofrecer la corona a Maximiliano en nombre del pueblo fue una farsa ampulosa, con la intención de darle apariencia de derecho histórico al gran delito dispuesto por Napoleón. Esta comisión estaba encabezada por el propio Gutiérrez de Estrada, quien, después de intrigar contra la república por más de veinte años, ahora era el vocero de los conspiradores que fingían expresar la voluntad de la nación que estaban vendiendo al criminal imperial en París.

El 2 de octubre de 1863, Maximiliano recibió a los mexicanos en Miramar. Al día siguiente, Gutiérrez de Estrada, en un prolongado discurso, le ofreció la corona mexicana. En ese momento, el ejército francés ocupaba poco más que el área del país comprendida entre Veracruz y la ciudad de México, con algunas otras ciudades, y los consejos de guerra franceses encarcelaban, azotaban y mataban a aquellos que habían osado oponerse a la intervención, mientras las masas leales de habitantes del país enviaban mensajes de simpatía y respeto al presidente Juárez.

El esbelto y rubio archiduque dio una hábil muestra de retraimiento cuando los mexicanos escogidos por el general Napoleón le ofrecieron la corona de un país todavía por conquistar. Durante meses los mexicanos traidores y descontentos, soldados, obispos, sacerdotes, habían sido recibidos en el señorial Miramar, donde astutamente colocaron un altar a la virgen de Guadalupe, patrona de México, en la alcoba del archiduque.

Con la mano sobre el corazón, Maximiliano declaró que sólo aceptaría el trono de México a condición de que la voluntad de la nación mexicana se determinara con el voto popular. Acto seguido Gutiérrez de Estrada y sus aliados fueron directamente a ver a Napoleón III, quien de inmediato ordenó al general Bazaine, sucesor de Forey en el mando del ejército invasor, que consiguiera el voto del pueblo mexicano.

El emperador de Austria se oponía a la magnífica aventura propuesta a su hermano, pero en ese entonces le fue difícil vencer la astucia de Napoleón. El señor Motley, a la sazón embajador estadounidense en Viena, explicó las dificultades de la situación de esta manera:

Que un príncipe de la Casa de Habsburgo se convierta en sátrapa de la dinastía Bonaparte, y se siente en un trono americano, el cual

no podría existir ni por un minuto, a no ser por las bayonetas y los buques franceses, es de lo más mortificante para todos los austriacos. La intriga es de lo más penoso para el gobierno. Si se rechaza el obsequio fatal, desde luego a Louis Napoleón lo llenará de indignación. Si se acepta, será una especie de carga para Austria en forma de gratitud por algo que no quería, y se esperará que algún día lo pague con algo que preferiría no dar.

En una carta a Oliver Wendell Holmes, el señor Motley le pintó una imagen alegre del príncipe seleccionado para fundar un imperio en una tierra de revoluciones incesantes y universales:

No hay gloria en el césped ni verdor en nada. De hecho, aquí no tenemos nada verde salvo el archiduque Maximiliano, quien está muy convencido de que irá a México a establecer un imperio americano y que tiene como misión divina destruir al dragón de la democracia y reinstalar a la verdadera Iglesia, el derecho divino y toda suerte de confabulaciones. ¡Pobre joven! [...].

Maximiliano adora las corridas de toros, lamenta la Inquisición y considera que el Duque de Alba es noble y caballeroso y el hombre más insultado. Bien le haría a su corazón oír cómo invoca a esa sombra profundamente lastimada y sus denuncias de los ignorantes y vulgares protestantes que lo han difamado.

Dadas las circunstancias, está de sobra decir que el llamado voto popular tomado en la pequeña parte de México ocupada por las tropas francesas fue una farsa. Sin embargo, fue suficiente para satisfacer a Maximiliano, quien el 9 de abril de 1864 renunció a sus derechos austriacos, y al día siguiente anunció que aceptaba la corona mexicana.

Prestó el juramento imperial con gran ceremonia; se entonó un tedéum y se disparó una salva de saludo real. Los mexicanos presentes hincaron una rodilla y le besaron la mano; él inmediatamente revivió la Orden Sagrada y de Caballeros de Nuestra Señora de Guadalupe,

confiriendo la gran cruz a Gutiérrez de Estrada, al general Tomás Mejía y a un Márquez manchado de sangre.

Después Maximiliano autorizó públicamente un préstamo mexicano de 8 000 000 francos para lo cual había firmado secretamente un contrato en París unas semanas antes. Este acuerdo con Napoleón, que examinaron y convinieron en privado mientras el general Bazaine fingía tomar un voto del pueblo mexicano, disponía que Maximiliano debería recibir en el acto 8 000 000 de francos. También estipulaba que los gastos de la invasión francesa, 275 000 000 de francos, debería pagarlos México; que todos los gastos futuros de la ocupación francesa debería sufragarlos México; que el ejército francés debería reducirse gradualmente a 25 000 hombres, al cual sostendría México; que el mando supremo de todas las tropas en México, tanto nacionales como francesas, deberían ostentarlo oficiales franceses, y que México debería pagar en su totalidad las antiguas reclamaciones francesas presentadas en 1862 y satisfacer las reclamaciones de los súbditos franceses por las pérdidas sufridas por causa de la invasión.

Se dice que hubo varios pactos secretos con Napoleón, entre ellos un acuerdo para dar a Francia el territorio estratégicamente importante del gran estado de Sonora, pero los detalles precisos de las claudicaciones encubiertas ante Napoleón nunca se han establecido en forma responsable.

La extravagancia de Maximiliano y Carlota había arrasado sus fortunas e incluso Miramar tenía una pesada hipoteca. Maximiliano no sólo recibió los 8 000 000 de francos que le adelantaron con el consentimiento de Napoleón, sino que pudo pagar 1 500 000 francos de la deuda sobre el castillo de Miramar. Además de esto, hubo una aportación de 1 800 000 francos para una legión belga y 2 500 000 francos para una legión austriaca que lo acompañara a México. Prácticamente todo lo que quedó de los 8 000 000 de francos en bonos se le entregó a los agentes de Napoleón, salvo 1 000 000 de francos retenido para el erario de México.

La mensualidad de Maximiliano de \$125 000 y la mensualidad de la emperatriz Carlota de \$16 666 —lo que ascendía a \$1 700 000 al año, que saldría de los mexicanos en bancarrota— comenzaron a correr a partir del día en que aceptó y prestó juramento.

Antes de aceptar la corona mexicana, Maximiliano había hecho un recorrido por Europa. Fue a Roma, y como emperador de México recibió la bendición papal. Ya había hablado con Napoleón acerca del gobierno del nuevo imperio.

Al poco tiempo de la entrevista con Pío IX, los jóvenes emperador y emperatriz de México —es conveniente nombrarlos con sus títulos— zarparon con su séquito en el buque de guerra La Novara y llegaron al puerto de Veracruz el 28 de mayo de 1864. Les dieron la bienvenida con complicadas ceremonias, procesiones, flores y gritos. Bazaine y la Iglesia habían estirado todos los recursos en un esfuerzo por hacer que la entrada del nuevo soberano fuera brillante e impresionante. Las ceremonias en Veracruz y la ciudad de México costaron más de \$115 000 y gastaron más de \$101 000 en hacer mejoras al Castillo de Chapultepec para que fuera una digna residencia imperial. Mientras estaba aún en Miramar, Maximiliano había abolido la regencia, pero cuando llegó a México, Almonte, jefe de gobierno de los regentes, le entregó \$300 000 de los fondos públicos, después de lo cual le dio a Almonte el puesto de maestro de ceremonias.

El 12 de junio hubo un desfile fastuoso en la catedral de México, cuando entronizaron solemnemente a Maximiliano y a Carlota. Fueron a vivir en el Castillo de Chapultepec e instalaron una corte de esplendor teatral. La vajilla imperial de plata y oro sólidos costó un millón de dólares, en números redondos. El carruaje de estado dorado, tirado por cuatro caballos, costó \$47 000. Hoy día puede verse en el Museo Nacional de México, junto al patético y pequeño carruaje viejo de color negro en el cual el presidente Juárez viajaba con su gobierno, mientras Maximiliano y Carlota se divertían con los millones mexicanos.

Se dice que todas las mañanas le entregaban a Maximiliano alrededor de \$5 000 en monedas de oro mexicano en una bandeja dorada y de la misma manera le daban unos \$500 diarios a Carlota.

El nuevo emperador esparcía el dinero a diestra y siniestra. En cinco meses gastó \$319 670 en caballos y carruajes, el cuidado de los caballos y arreos e incluso otorgó \$75 000 para un teatro de la corte, aunque sus tropas clamaban por dinero.

Napoleón había invadido México porque la república no había pagado los intereses de su deuda y había confesado que estaba en bancarrota. Sin embargo, el joven austriaco a quien puso en el trono mexicano había iniciado su reino endilgando a la nación un gasto anual de \$36 681 000, incluyendo las obligaciones internacionales, los intereses sobre la deuda interna, las mensualidades para el emperador y la emperatriz, el culto religioso, el pago del ejército, el presupuesto, las pensiones y el servicio secreto. Al no haber posibilidad de un ingreso nacional de más de \$16 000 000 anuales, se verá que el nuevo imperio dio comienzo con un déficit anual seguro de \$20 000 000.

Maximiliano envió un embajador a Gran Bretaña con un salario de \$40 000 al año. Mandó un embajador a Francia con el mismo salario. A Márquez, el asesino de los prisioneros desarmados, lo envió a Constantinopla para obtener un decreto del Sultán para abrir un convento de monjas mexicanas en Jerusalén.

Si bien Maximiliano y Carlota jugaron al imperio con dinero prestado, la corte hervía de pillos y aduladores. Bazaine le aseguró al emperador que México estaba prácticamente conquistado. El general francés, quien en agosto recibió el bastón de mariscal de manos de Napoleón, parecía concentrar sus esfuerzos en darle a Maximiliano la sensación de seguridad y el joven emperador dedicaba su tiempo al diletantismo.

La conquista completa de México se la dejaron a Bazaine, quien contaba casi con 30 000 soldados franceses y unos 280 000 mexicanos, además de austriacos y belgas; y el país fue brutalmente saqueado, mientras Maximiliano, un poeta que dominaba seis idiomas, coleccionaba y clasificaba escarabajos, mariposas y plantas, descifraba inscripciones arqueológicas o consagraba su tiempo a las sutilezas del protocolo de la corte, aunque los obispos exigían disgustados que restableciera los derechos de la Iglesia y los asuntos serios del gobierno se hallaban sumidos en la confusión por la falta de decisión.

Bazaine empapaba de sangre al país. La Iglesia protestaba enfadada contra la pasividad del gobierno y había señales de una grave deserción clerical.

No obstante, el emperador, contento con la riqueza al parecer ilimitada que estaba a su disposición, y confiando en los relatos franceses de la fácil victoria sobre las fuerzas republicanas, continuó con desenfado haciendo caso omiso de las cuestiones apremiantes del Estado y estudiaba los trajes de los miembros de la corte, indicaba cómo debían ser los uniformes de los alabarderos decorativos que servían en el Castillo de Chapultepec y seguía con sus investigaciones de botánica y entomología, mientras que la cautivante Carlota planeaba representaciones teatrales privadas y bailes con sus damas de honor francesas o cabalgaba ataviada con un brillante traje mexicano.

El arzobispo de México y los demás prelados exigían en vano que Maximiliano cumpliera su palabra dada al Vaticano mediante acciones encaminadas a revocar las Leyes de Reforma, restituir los bienes de la Iglesia, revivir las órdenes religiosas, prohibir cualquier culto distinto a la religión católica y confiarle toda la labor educativa exclusivamente a la supervisión de la Iglesia.

El joven emperador de México sonreía y continuaba inventando nuevos emblemas para la ornamentación de su corte. Con el adusto Bazaine y sus 50 000 hombres a la caza de republicanos en sus montañas, el pensamiento que absorbía a Maximiliano era cómo reinar gentilmente y de manera encantadora.

El papa envió a un nuncio de Roma a México con una carta solemne de protesta. Aun así Maximiliano se negó a enmendar la obra de Juárez y Bazaine avaló su actitud, ya que la venta de los bienes eclesiásticos suministraría recursos para la guerra. El nuncio finalmente dirigió al emperador un comunicado formulado en términos tan arrogantes que los ministros de Maximiliano, después de apoyar su decisión para continuar con la venta de bienes de la Iglesia conforme a la antigua ley de desamortización y tolerar todas las religiones en México, respondieron al altivo enviado del Vaticano:

se inclina con respeto y sumisión ante la autoridad espiritual del padre común de los fieles; pero Maximiliano el emperador y repre-

sentante de la soberanía mexicana no reconoce que algún poder en la Tierra sea superior al suyo [...] El emperador y el papa han recibido directamente de Dios su poder total y absoluto, cada quien dentro de sus respectivos límites. Entre iguales no puede haber sometimiento.

Todo esto, mientras México era un abismo rojo de guerra.